

matrimonio, en los que generalmente su padre tiene también su parte. Puede decirse que éste contribuye para lo más importante, que son las donas de la novia, debiendo darlas la familia del novio. Los gastos en la boda de dicho individuo fueron los siguientes:

Vestidos de la novia, incluso un viaje de quince días á la ciudad para comprarlos.....	\$120
Honorarios del cura	15
Honorarios del Juez de lo Civil.....	5
Una ternera, otros alimentos, aguardiente, etc., para ochenta personas	90
Total	\$230

Los hombres pagan con gusto el *trousseau* y la boda, de acuerdo con la costumbre, pues dicen que conviene tener mujer, ¡porque cuida la casa!

CAPÍTULO VI

EL PRIMER CENSO DE LOS HUICHOLAS—NOMBRES—BUEN TIEMPO Y EXCURSIÓN POR LA PARTE ORIENTAL—ESCASEZ DE ARRIEROS Y PROVISIONES—SALIDA DE SAN ANDRÉS—LINDOS OJOS LLOROSOS—ANTIGÜEDADES—SACRIFICIO Á LOS ALACRANES—CRUZANDO EL RÍO—NOTAS GEOGRÁFICAS—LA AYUDA DE LOS HUICHOLAS RECLAMA CUIDADO—IRREGULARIDADES EN LA COCINA—MI AMIGO PABLO.

A PENAS se habían dispersado los indios, cuando apareció un mexicano á caballo, cosa inusitada en aquellas montañas. Iba de parte del Jefe Político de Mezquitic para hacer el censo de la parte occidental del distrito huichol, en cumplimiento de una orden del Gobierno Mexicano, que lo exigía aquel año (1895) para toda la República. Los huicholes pertenecen políticamente á Jalisco, cuyo Gobernador, después del Gobierno Federal, es su autoridad principal, y á quien obedece el Director Político de Mezquitic, con quien principalmente tiene que ver la tribu.

Habían impresionado mucho al empadronador las terribles tempestades de la sierra, y no concebía como las hubiera yo sufrido. Nunca las había visto semejantes como en aquel viaje, ni había encontrado tal número de árboles partidos por el rayo. Le acompañaba un hermano suyo que vivía en muy buena armonía con los huicholes por el buen trato que les daba, y como su esposa era huichola, mirábanlo como de la tribu. Contribuía también á su popularidad la circunstancia de que se dedicaba á producir mezcal y empleaba únicamente indios en su fábrica. Conocía á la mayor parte de los indios de importancia y le

servía de mucho á su hermano para conseguir que se reuniera el pueblo á fin de explicarles el objeto de su visita. Muchos indios recibieron con ese motivo nombres españoles, pues era impracticable empadronarlos con los que tenían, y al recorrer la lista advertí que como la mitad habían adoptado el nombre de Cruz, palabra que tiene especial sentido para ellos por el conjunto de ideas que les sugiere acerca del mundo.

El cambio de nombres causaba confusión á algunos de los naturales, que no siempre se acordaban de como se llamarían en español sus mujeres, sus hijos ó ellos mismos. Habiéndosele preguntado á uno el nombre de su hijo, contestó "Está entero," dando á entender que no le habían quitado su nombre nativo. Derivan sus nombres propios de incidentes mitológicos ó de los nombres ó atributos de los dioses, y también de fenómenos naturales. Cada hombre es hijo de un dios especial y cada mujer de una diosa, lo que á menudo indican las palabras con que se les designa. Frecuentemente se denomina á las mujeres con los nombres que tiene la planta del maíz en los diversos estados de su crecimiento. El abuelo, ó en caso de insuficiencia de éste, el sacerdote, piensa el nombre del niño y se lo aplica cuando ha cumplido cinco años, teniendo lugar la ceremonia como á las once de la noche, hora en que bañan al niño con agua de la fuente próxima al lugar de su nacimiento, mezclada con agua de varias otras fuentes. Pasados cinco días, llevan al niño á Santa Catarina para bañarlo. Me aseguraron que hay indios que carecen de nombre, porque sus padres eran demasiado pobres para pagarle al *shaman* los veinticinco centavos que cobra.

Después de emplear diez días en contar á los indígenas, fuéronse los mexicanos, pero subsistió la conmoción que habían provocado, causándome grande interés. Informaron los oficiales que se había hecho un registro de todos los habitantes de la parte occidental del río, con excepción

de doscientos, á quienes ni ruegos ni amenazas pudieron traer á San Andrés. Este censo que se tomó á la vez en Santa Catarina, para la parte oriental del río, da á la tribu un total de cerca de cuatro mil indios, de los que pertenecen como mil quinientos, á la occidental.

Entre tanto, los dos mensajeros que había enviado á Tepic volvieron, después de una ausencia de cerca de tres semanas, trayéndome placas fotográficas, algunas latas de carnes conservadas y setenta y cinco pesos en plata, que me llegaron muy á tiempo, pues me había quedado casi sin dinero. Habiéndoles preguntado porqué se habían tardado tanto, contáronme una espeluznante historia de unas centellas que les habían caído dos veces, hinchándoles tanto los pies que apenas podían caminar; y que además estuvieron expuestos á ser detenidos y registrados, porque, con motivo de haber recibido aviso el Gobierno de una revolución que se preparaba en la sierra, había ordenado que se ejerciera estricta vigilancia, y que sólo pudieron evitar que los oficiales abriesen mis películas, enseñándoles una carta que me dirigía el Jefe Político del Territorio. Aparte de todo esto y de la falta de apreciación del tiempo, que á los indios les es característica, Maximino había perdido dos días, antes de ponerse en marcha, por estar cantándole á un niño enfermo, hijo de su compañero, con el fin de curarlo, y de regreso había empleado otros dos días para descansar en su casa de las fatigas y excitación del viaje.

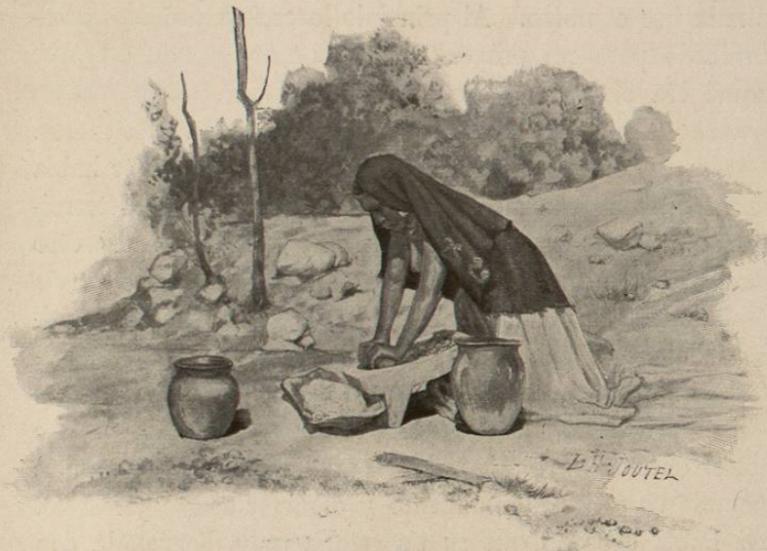
Había cesado de llover por espacio de diez ó doce días, como ocurre siempre en agosto, pero luego prosiguieron las lluvias imposibilitando el viaje. Hallábame listo para explorar la parte oriental luego que dejara de llover dos ó tres semanas, y fuese posible vadear el río, pues de otro modo no había probabilidades de lograrlo hasta octubre ó noviembre. Dije á los indios en broma que estaba dispuesto á pagarle á un *shaman* para que cantase á efecto

de detener las aguas, que habían sido bastantes, porque necesitaba irme; pero me contestaron que habiendo tantos cantando dondequiera para que la lluvia continuase sería imposible que la voz del mío no se ahogara.

Todavía no había visitado á Santa Catarina, la Meca de los huicholes, donde están los principales lugares sagrados y el primer templo de la tribu. Se alcanza á ver la población desde el último límite de la Mesa de San Andrés, situada á otro lado del río, y aunque de allí se podría llegar muy bien á pie en medio día, el camino es demasiado peligroso para llevar animales y carga. Vime obligado, pues, á hacer un largo rodeo, caminando primero como cincuenta millas al norte, cruzando el río Chapalagana en un punto llamado Las Puentitas, y volviendo en seguida al sureste hasta Mezquitic, fuera ya del distrito huichol. Á este lugar pensaba ir después. Una vez allí, supe que, con ayuda de las autoridades mexicanas, podría conseguir hombres que me llevaran á Santa Catarina, aunque el hermano del empadronador me había dicho que el alcalde de dicha localidad no estaba muy dispuesto á que yo fuera, pues había declarado que un hombre tan malo como yo, puesto que era protestante, no podría entrar en su pueblo, sin que la gente lo matara. Sin embargo, la buena disposición que me había ganado entre los habitantes del lado de San Andrés, me infundió confianza de conseguir lo mismo de los otros.

La dificultad de adquirir gente que me acompañara me molestaba tanto como la lluvia. Á veces tenía conseguidos dos ó tres hombres, y buscaba los demás cuando los primeros, cansados de esperar, se me iban al obtener algunos nuevos, y muchos rehusaban mis propuestas por aproximarse la fiesta de las calabazas, después de la cual tenían que emprender su largo viaje á la tierra del jículi. Muchos no tenían deseos de alejarse del lugar por su aversión á salir de su rutina diaria. El yerno de Carrillo, por

cuya influencia esperaba hallar quienes me acompañaran, había prometido venir de su rancho, pero iban trascurriendo los días sin que eso sucediera, y cada vez que le preguntaba á Carrillo por él, me contestaba: "Vendrá mañana y otro mañana" esto es, pasado mañana. El día de mi partida parecía más lejano que nunca, pues los indios, además de su fiesta, comenzaron á ocuparse en escardar sus campos, operación que emprenden tres veces antes de que madure el grano.



Huichola moliendo maíz.

Entre tanto, con ayuda de las autoridades, llegué á conseguir que fuesen tres mujeres á mi campamento á hacerme tortillas y dejarlas secar para que me sirvieran de provisiones cuando me fuera. Los mexicanos llevan siempre cuando viajan un cocinero, pero á los huicholes no les gusta moler en el metate ni cocer frijoles, por lo cual me era necesario proveerme de todos los alimentos que fuera posible. Las tortillas, sin embargo, se hacen con mucha lentitud, y como las mujeres mismas tenían que

alimentarse con ellas, como complemento de su sueldo, el producto que iba quedando era desalentador. Después de varios días había apenas lo bastante para proveer á la expedición por sólo veinticuatro horas. Únicamente por la circunstancia de haber logrado contratar á dos para el camino, fue como parecieron disminuir mis dificultades.

Este feliz resultado se debió principalmente á la llegada de un hermoso joven indio llamado Pablo, quien se me presentó el mejor día diciéndome en buen español que quería irse conmigo. Al principio lo creí demasiado mexicanizado para mi propósito, pero pronto comprendí que aquél era el hombre que necesitaba. No tardamos en hacernos amigos, y continuamos siéndolo por varios meses. Una de las cocineras se enamoró de él, y cuando éste había resuelto acompañarme, tomó ella al punto igual determinación. Poco después consintieron en seguirnos otro mancebo y su mujer.

También la agradable indita "Enagua de flores" manifestó deseos de continuar á mi servicio como cocinera durante mi viaje, pero su familia se opuso. De salvaje que era al principio, habíase poco á poco domesticado. Le había enseñado yo algo de español, sorprendiéndome á menudo su vivo entendimiento y carácter alegre y festivo. Me había contado que su tía estaba muy disgustada con ella. Un día dejó de presentármese; pregunté el motivo, y me dijeron que dicha pariente se la había llevado para casarla con un holgazán, primo de la joven é hijo de la primera. Era, por supuesto, muy ventajoso para aquella mujer tener en su familia á una muchacha tan trabajadora, y la pobre huérfana, que carecía de toda protección, tuvo que someterse á su suerte.

Gracias á los esfuerzos de Pablo y Maximino, pude reunir al cabo los hombres que necesitaba. Contraté también como principales arrieros á los dos muchachos mexicanos de la familia de Don Zeferino, pues pocos de

los huicholes saben atender convenientemente á las mulas, de las que aun me quedaban ocho. Por último, después de emplear casi lo más del día en cargar las bestias y alistarlas todo, pude salir de San Andrés el 27 de agosto, en medio de buena cantidad de gente que se había reunido en la tarde para presenciar la salida del hombre blanco. Ya montado en mi mula comencé á despedirme de las mujeres presentes, cuando la esposa de Carrillo se adelantó á darme la mano, según había aprendido de los mexicanos, volviendo la cara y llorando, con gran sorpresa mía. Mayor sorpresa me causó ver también á las demás mujeres visiblemente afectadas y llorando en silencio las más de ellas. Este lisonjero tributo pudo haberme trastornado la cabeza, á no haberseme ocurrido que el duelo tal vez se debía, en mucho, á que conmigo se iban todas las cosas que tan á menudo las habían halagado, esto es, las cuentas y la franela roja, las uvas y cascabeles con que tanto les gustaba adornar sus vestidos.

Al pasar frente á la casa de mi amigo Carrillo, se nos reunió éste envuelto en su frazada y con su bolsa sujeta á la cintura, según acostumbran los huicholes cuando van de camino. Tuve también la compañía de otros diez indios y dos mexicanos que me sirvieron para llevar mis colecciones etnológicas. Como por allí no se conocen los cajones, distribuí los objetos en paquetes de tamaño conveniente para cada uno de ellos, envolviéndolos hasta donde me fue posible con pedazos de manta, y como lo que llevaba era de todos tamaños, formas y colores, la procesión no dejaba de ser fantástica y pintoresca. No hay mejor medio de transporte por aquellos escabrosos lugares, que la espalda de los indios, que son los cargadores más cuidadosos que hay bajo el sol. El único mal en tales casos provenía de la lluvia, de suerte que todas las veces que aparecían por las tardes nubes amenazadoras, buscábamos más que de prisa sitio donde levantar mi tienda,

bajo la cual podían quedar á salvo los bultos durante la noche. En cuanto á mí, dormía siempre al lado de mis tesoros.

El alcalde y Don Zeferino, de acuerdo con la costumbre tradicional del país, me acompañaron en sus mulas hasta nuestra primera parada, que hicimos al anoecer, después de caminar seis millas. Los indios se colocaron desde luego sobre la superficie inclinada de una gran roca, y unos sentados y recostados otros, pasaron la noche la mayor parte de ellos sin ningún abrigo, á pesar del frío y de lo duro de la cama. Cenamos de las provisiones que



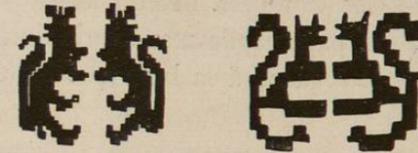
Dechado de talega huichola.

habíamos llevado, y como todos estábamos muy cansados, el sueño nos rindió pronto.

Como era de esperarse con gente tan inexperta, no todo marchó bien durante los primeros días. Las mulas después de casi tres meses de descanso, nos causaban muchas molestias, y aunque habíamos tomado expresamente para atenderlas á los dos mexicanos, necesitaban éstos, con su cachaza habitual, la ayuda de los otros. Así por ejemplo, cada vez que Maximino daba una mano para arreglar una carga, tenía que dejar en el suelo sus dos bultos, el uno con las preciosas jícaras votivas, y el otro con los escudos ceremoniales. Había que llevar las jícaras con el mayor cuidado para que no se rozaran unas con otras ó para que el sol no derritiera la cera, y se perdieran las hermosas pinturas. Asustábanse las mulas con un gran cilindro negro, parte de un alambique cora, que llevaba un indio á la espalda, y tampoco las tenían muy tranquilas los muchos jarros, carcajes, flechas y bastones esculpidos que llevábamos. Con todo, no obstante mis temores, no nos ocurrió ningún

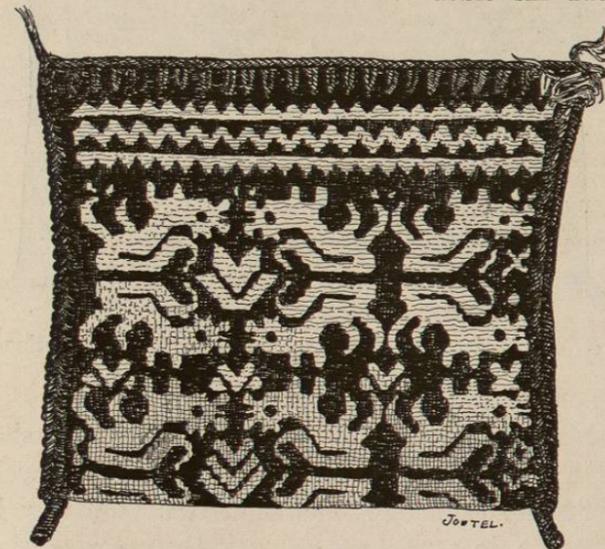
accidente, á pesar de lo malo y pesado del camino que avanza por la alta cumbre en dirección al norte. Á veces el sendero desaparecía por completo.

Ocurrió un gran alboroto con motivo de haber divisado una ardilla gris (*sciurus nayaritensis*). Todos soltaron



Dibujos de ardillas en los tejidos.

sus bultos, y lanzando vivos alaridos, corrieron con sus perros á dar caza al animal que, aunque saltaba rápidamente por las ramas de un pino, fue alcanzado al fin y recibió la muerte. Tal excitación se debió sin duda, en



Talega con dibujos de ardillas. Anchura, 13 cm.

parte, á la circunstancia de que no sólo son consideradas las ardillas por los huicholes como alimento muy delicado, sino que también son de mucha importancia en su vida religiosa. La ardilla es realmente uno de sus grandes

héroes dioses y desempeñó importante papel en la época en que nació el sol, pues los huicholes, lo mismo que los aztecas, creen que las ardillas hicieron al sol. Dicen los huicholes que en los principios del tiempo, no había en el mundo más luz que la de la luna, lo que traía muchos inconvenientes á los hombres. Reuniéronse entonces los principales de ellos para ver la manera de dotar al mundo de mejor luz, y le rogaron á la luna que les enviase á su



Talega con franja de ardillas. Tiene otras dos franjas de palomas con venados en el centro. Anchura, 27.5 cm.

único hijo, muchacho cojo y tuerto. Comenzó ella por oponerse, pero consintió al fin. Diéronle al muchacho un vestido de ceremonia, con sandalias, plumas y bolsas para tabaco; lo armaron de arco y flechas, y le pintaron la cara, arrojándolo luego á un horno donde quedó consumido. Pero el muchacho resucitó, corrió por debajo de la tierra, y cinco días después apareció el sol.

Cuando éste irradió su luz y calor sobre la tierra, todos los animales nocturnos (los jaguares y leones monteses,

los lobos, los coyotes, las zorras y las serpientes) se irritaron muchísimo y dispararon flechas contra el astro del día. Su calor era grande y sus deslumbrantes rayos cegaban á los animales nocturnos, obligándolos á retirarse con los ojos cerrados á las cavernas, á los charcos y á los árboles; pero si no hubiera sido por la ardilla y el pitorreal no hubiera podido el sol completar su primer viaje por el cielo. Éstos fueron los dos únicos animales que lo defendieron; hubieran preferido morir antes que dejar que se diera muerte al sol, y le pusieron tesgüino en el ocaso para que pudiera pasar. Los jaguares y los lobos los mataron, pero los huicholes ofrecen sacrificios hasta el presente á aquellos héroes y dan á la ardilla el nombre de padre.

Por sus hábitos diurnos consideran á estos animales como los compañeros del sol. El pitorreal tiene el color solar en su magnífica cresta escarlata, y que la ardilla sabe más que los otros animales lo demuestra la manera como esconde las nueces y las vuelve á encontrar.

Al acampar por segunda vez, me sorprendió bastante ver que los indios, capitaneados por Carrillo, se habían robado buena cantidad de calabazas de un campo solitario por donde pasamos. Bien sabía yo que los huicholes no tienen ideas claramente definidas respecto á los derechos de propiedad, pero el incidente me llamó la atención porque les está prohibido comer ese vegetal antes de que se celebre su fiesta. Acaso las restricciones obligan únicamente á los propietarios de las siembras, por lo que mi gente no tuvo recelo de que aconteciera ninguna desgracia á ellos ni á sus propias cosechas. Pablo, sin embargo, fue una honrosa excepción, y me dijo que cuando pasaba junto á alguna de dichas calabazas la dejaba donde la veía, por grande que fuese; pero como era *shaman* conocía mejor el peligro.

Llegamos al otro día á la Mesa del Venado, insignifi-